

# ALBUCA SIS

## EL HOMBRE Y SU OBRA

---

Trabajo inaugural del curso académico, leído por su autor el Dr. D. José Navarro Moreno, en 18 de Octubre de 1947.

Se dice que sin el principio de la libertad del hombre, ni la vida moral del individuo, ni la de colectividad alguna sería posible. Esta libertad es la base de la responsabilidad de sus actos. Y sin embargo, esta libertad es mito, pues la voluntad del hombre solo es libre en los actos internos, no siéndolo siempre para los externos, que están condicionados por una serie de acciones obligadas por la vida de sociedad y por la lucha por la existencia. Aún más, si analizamos la manera de producirse estos actos internos, podremos comprobar que en muchas ocasiones, tampoco dependen de nuestra libre voluntad, sino que son dirigidos por impulsos superiores que regulan nuestra acción y dirigen nuestra conducta.

Se nos plantea, en ocasiones, la necesidad o la conveniencia, de acometer una empresa para la que, despues de un imparcial examen de conciencia, no nos consideramos capacitados. Sería lógico que, de no sernos impuesta su aceptación de modo inexcusable, la rechazáramos siguiendo los impulsos de nuestra voluntad; pero se interponen estos otros impulsos superiores a que nos referimos, llámense vocación, orgullo, decoro, vanidad, etc., desviando nuestra tendencia y obligándonos a aceptar la empresa, con tanto más empeño, cuanto más difícil sea su realización.

Estas breves consideraciones explican nuestra situación en este acto. El protocolo establecido por esta ilustre Corporación me otorga, no el deber, sino el derecho de inaugurar este curso académico. Reconozco imparcialmente que es empresa superior a mis precarias facultades, que debo declinar el honor; pero los impulsos superiores sobreponiéndose a nuestra voluntad, nos impiden sustraernos a la satisfacción de ser protagonistas de un acto de tanto relieve, y aceptamos el compromiso.

Cuando la cuestión está planteada, nuestro compromiso adquirido y sin posibilidad de una honorable renunciación, forzados por las circunstancias, sacamos fuerzas de flaqueza y poniendo a contribu-

ción nuestra buena voluntad, única facultad de la que disponemos sin tasa, acometemos la empresa convencidos de que nuestro discurso no ha de resultar a tono con el culto auditorio, pero también con la esperanza de que no nos ha de faltar vuestra indulgencia, pedida en este caso, no para encubrir un sentimiento de falsa modestia, sino para disculpar una deficiencia efectiva.

\* \*  
\*

Cuando hemos pasado de la juventud, tal vez también de la madurez, y empezamos a descender los escalones que nos han de conducir a la liquidación de nuestras cuentas terrenales, volvemos la mirada hacia el pasado, donde ya encontramos un panorama más amplio, complaciéndonos en el estudio y meditación del pretérito, seguramente porque el futuro no nos ofrece nada grato a nuestro meditar y porque refugiándonos en la historia, por la diferencia cronológica con nuestro presente, nos da la sensación, siquiera sea en visión de espejismo, de rejuvenecer.

Estas reflexiones nos han llevado, casi inconscientemente, al campo de la historia, para elegir tema para nuestro discurso. No contando con medios y aptitudes para hacer, como hubiera sido nuestro deseo, un trabajo de investigación, hemos tenido que conformarnos con uno más modesto de recopilación, eligiendo como asunto la figura de ALBUCASIS, que siempre despertó nuestro interés, por ser médico, creador, o mejor dicho, dignificador de la importante rama quirúrgica de la medicina, y sobre todo, por haber sido cordobés de nacimiento y residencia; una figura cumbre de la medicina cordobesa, que brilló con luz propia durante todo el período de su actuación, cuyos destellos pudieron percibirse durante varios siglos después de su muerte, contribuyendo con su obra al esplendor inigualado del califato cordobés.

\* \*  
\*

### **ALBUCASIS.—El hombre y su obra**

En el transcurso del siglo VIII, encontramos en su final la dinastía visigótica, que pronto ha de terminar con la caída de D. Rodrigo, el último de sus reyes.

La decadencia del Imperio visigótico, que por lo que se refiere a las concepciones, a la industria, al comercio, se acusa de modo evidente, no alcanza a las ciencias y a las artes, como lo demuestran las obras imperecederas de aquella época, como son las «Etimologías de

San Isidoro de Sevilla» y el más grandioso monumento de la cultura hispano-gótica, el «Fuero Juzgo», compilación de todas las leyes existentes desde Eurico, compuesto por el Concilio Toledano XVII, reunido por Egica, sobrino de Wamba y padre de Witiza.

Por lo que a medicina se refiere, sabemos que había alcanzado un grado de cultura superior, heredera de la que brilló en los siglos de la Roma Imperial, unida a la que fué quedando como sedimento de los pueblos más cultos de la tierra que sucesivamente la fueron ocupando. Existían centros culturales, como la Universidad fundada en Huesca por Sertorio, y difundidas por todo el territorio de la nación Academias, casas de estudios y centros en los que se cultivaba la inteligencia por el estudio y la observación.

Cuando las tribus salvajes del Yemen, levantadas por Mahoma, se lanzaron a la conquista del Mundo para el Islam, se encontraron en el Imperio gótico español, esta civilización tan avanzada, que hacía contraste con la rudeza salvaje de los invasores, que hicieron incendios, devastaciones y saqueos estas escuelas e instituciones, que como reliquias de antiguas civilizaciones, aún florecían por aquellos tiempos, los cuales fueron víctimas de la ferocidad de las hordas de Muza y de Tarick.

Este pueblo de invasores, cuyo fanatismo por la nueva religión, le hizo dueño de uno de los mayores Imperios de la Tierra, bien pronto tuvo la preocupación de adquirir la grandeza intelectual que le faltaba, y con el mismo fervor que demostrara en su proselitismo religioso, recoge y absorbe la ciencia de las comarcas invadidas. Y así como los germanos, que con ellos se disputan las ruinas del Imperio romano, siguen el camino de la barbarie de la que se vanaglorian, los islamitas, valiéndose del concurso de los pueblos dominados, adquieren en poco tiempo vastísimos conocimientos, rindiendo culto a los sabios y aprendiendo ciencias extranjeras, sin que para ello constituya un obstáculo su religión o su idioma.

Pasados los primeros furores de la invasión guerrera, pronto empiezan a llegar a España, atraídos por las óptimas condiciones de su suelo y de su clima, tribus enteras de Arabia, Persia y Berbería, que se establecieron en la Península, a las que acompañaron los primeros sabios orientales, cuya cultura tenía como fundamento la alquimia copta, unida a los restos de la cultura greco-romana que aún quedaba en Alejandría como reliquia de pretéritos esplendores.

Encuentran en España, como dejamos apuntado, una cultura de alto nivel y de la fusión de culturas, la indígena y la importada, nace

la cultura arábigo-española que tanto esplendor había de alcanzar en la posteridad.

Interesa consignar, por la influencia que tuvo en la Medicina de aquellos tiempos, que de los restos de la espléndida biblioteca de Alejandría, incendiada por orden del Califa Omar (según aseguran algunos historiadores, aunque no todos compartan esta opinión), fueron traídas a España las obras de Galeno y Pablo de Egina, que fueron traducidas y que despertaron gran interés entre los médicos árabes, cuyas ideas se asimilaron con gran entusiasmo, enriqueciendo estas traducciones con acertados comentarios.

Los principales impulsores del progreso científico y en general de todas las manifestaciones de la cultura árabe, fueron los propios Califas, que apoyando y fomentando la labor de los sabios, se convirtieron en verdaderos cultivadores de la ciencia, una vez apagados los furores de la invasión y satisfecha la pasión mahometana por la conquista, fundando hospitales, bibliotecas, escuelas e institutos de cultura en Damasco, Bagdad y El Cairo, en Oriente; en Córdoba, Toledo y Granada, en Occidente, principales centros culturales, desde donde se irradian los luminosos destellos de una nueva civilización. Para la asistencia de enfermos se fundan dispensarios y enfermerías de los que solo en Bagdad se cuentan más de sesenta instituciones de este género y un número no menor en Córdoba.

Con la designación de Abderramán I, como primer Emir independiente de Damasco en España, se inicia el florecimiento de la cultura en Occidente, fomentada con gran entusiasmo por sus propios Califas, a lo que contribuyen con sus personales aportaciones científicas, literarias y económicas.

Establecida la sede del califato occidental en Córdoba por Abderramán, embellece la capital con muchos y notables monumentos y jardines, llegando a rivalizar con Bagdad, iniciando la construcción del más grandioso monumento de la época, la sin par Mezquita, con un plan semejante a la de Damasco.

En su nombre levantó hospitales y escuelas que dotó con rentas propias.

Este impulso iniciado, fué continuado por los Emires que le sucedieron, como lo demuestra las sucesivas ampliaciones de la gran Mezquita, llevadas a cabo por Hixem I, Abderramán II y Alhakem.

Pero con Abderramán III, octavo Emir independiente de Córdoba y el primero que en España usó el título de Califa, es cuando llega la cultura arábigo-española a su máximo apogeo y extraordinario es-

plendor, impulsada por las iniciativas y fondos propios de este Califa. Mandó construir Zahara, donde reunió lo más rico, más bello y más fantástico que pudiera soñar la más exaltada imaginación de un árabe. Protegió el estudio de las ciencias y el cultivo de las letras con tal pasión y entusiasmo, que en su tiempo llegó a ser el Imperio arábigo-hispano centro y emporio de la cultura. Creó en Córdoba la primera Academia de medicina de Europa e hizo prosperar en tal grado la poesía, la arquitectura, la historia, la geografía, las ciencias naturales, la medicina; en una palabra, todas las ramas de los conocimientos artísticos, literarios y científicos, que según dice Lafuente su residencia de Meruan, más que palacio de un príncipe, era una academia continua en la que colaboraba el propio Abderrahmán, hombre de gran erudición y poeta, y sus hijos, poetas, historiadores filósofos, y hasta las mujeres, como Aixa, de la que dice Aben Hayan que fué la más erudita de su siglo; Mozna, poetisa y secretaria del Califa, Sofía, Moviatedia y otras.

Su hijo y sucesor Al Hakem II, fué digno continuador de esta obra. A costa de grandes dispendios fué reuniendo los mejores libros de geografía, de historia y de genealogía, comprando o haciendo copiar por medio de agentes las mejores obras de Siria, Bagdad y Persia, llegando a reunir una biblioteca cuyo catálogo formaba cuarenta y cuatro volúmenes de cincuenta folios cada uno, de la que nombró bibliotecario a uno de sus hermanos.

Se cuenta que un rico señor de Córdoba, había fundado una Academia de cuarenta miembros, que se reunían con frecuencia durante los tres meses de invierno, en una sala ricamente decorada y perfumada con las más preciosas esencias. Después de largas discusiones de literatura y ciencia, el fundador les convidaba a una mesa espléndida, para hacerles descansar de los trabajos del día.

En este ambiente de elevada cultura y refinamiento artístico y literario, en el que ya habían brillado algunas estrellas de primera magnitud, como Mohamed Abul Beker Ben Takaria, conocido por Razis o Razes por haber nacido en Razi (Persia), cuya exuberante labor médico-literaria, considerada fundamental, es probable que se desarrollara en nuestra patria donde, según León el Africano, escribió su famoso libro «El Mansuri», dedicado a Almanzor o más probablemente a Al Mansur, Califa oriental, y Abul Casim Moslama Ben Ahmed el Madjridz, que podemos considerar como el primer médico español que mereció el nombre de sabio y cuya labor pedagógica fué tan transcendental que de la escuela por él creada salió

una verdadera legión de discípulos cuya fama se extendió hasta un siglo después, y otros muchos cuya enumeración silenciaremos en gracia a la brevedad, aparece Albucasis, nacido en Córdoba, con toda probabilidad en Zahara, durante los reinados de Abderrahman III y Al Hakem II, de los que fué médico privado y favorito y aun algunos autores le conceden el mismo privilegio cerca del Hagib Almanzor.

Fué su figura de tal relieve, que un historiador ha dicho de él que en ciencia llena un periodo gloriosísimo que bien puede calificarse como el siglo de oro de la cultura cordobesa, cuya fama se mantuvo hasta el final de la Edad Media, sirviendo para texto y consulta las obras del sabio español en todas las Universidades de Europa hasta el Renacimiento.

Hemos buscado con el mayor empeño los datos necesarios para hacer su biografía sin lograr nuestro propósito, pues así como su obra se conoce, casi íntegramente, por los muchos escritos que han llegado a nuestros días, algunos de los cuales se encuentran actualmente en la biblioteca del Escorial y que después estudiaremos, de su personalidad nada cierto se sabe. Su vida nos es desconocida y en lo poco que hemos podido averiguar, todo es confuso y contradictorio. Y ¿no es extraño, y hasta inadmisibile, que una personalidad de tanto relieve, que tanto figuró y se distinguió por su sabiduría en la corte de varios Califas, no haya tenido un biógrafo que nos hubiera dado a conocer todo cuanto se relaciona con su vida y que a juzgar por su obra debió ser de gran originalidad? Después de mucho meditar sobre este extremo hemos llegado a la conclusión de que los biógrafos no pudieron faltar; indudablemente los hubo y probablemente no uno solo. Pero es lógico que estas biografías quedaran archivadas en la biblioteca del lugar de su residencia, Medina Azahara, y esta biblioteca, que según Simonet contenía en tiempo de Al Hakem II (961-976) 400.000 libros minuciosamente anotados por el propio Califa, sufrió un primer expolio en el reinado de Hixem (976-1.000) ordenado por Almanzor, que para evitar los rumores levantados contra él por los teólogos musulmanes que lo acusaban de descreído, mandó quemar todos los libros de filosofía, que según los sacerdotes arábigos, daban margen a la heterodoxia. En el año 1010 los bereberes se apoderan de Medina Zahara, la saquean, la incendian y casi la destruyen y el Califa tiene que vender los libros de la gran biblioteca de Al Hakem para procurarse recursos, muchos de los cuales es posible que fueran a enriquecer las bibliotecas grana-

dinas en donde el Cardenal Ximenez de Cisneros mandó quemar los 5.000 volúmenes de manuscrito allí existentes, cuando la conquista por los Reyes Católicos, de los que solo se salvaron 300 que fueron trasladados a Alcalá y actualmente se encuentran en la biblioteca de El Escorial. En 1013 sufre un nuevo saqueo y destrucción, después del cual casi nada queda en pie. Después de estos episodios, hay motivo para pensar que desapareciera cuanto hubiera referente a la personalidad que nos ocupa y aun es posible que no solo desaparecieran las biografías, sino también otros libros de medicina, que por este motivo no hayan llegado a ser conocidos.

Sea por lo que fuere, lo cierto es que todo en la vida de Albucasis, desde la cuna a la tumba, aparece envuelto en una nebulosa; cuantos datos se consignan por los historiadores que de él se ocupan son confusos y contradictorios, consecuencia probable de interpretación o de error informativo y que cuando tratamos de puntualizarlos nos encontramos desorientados, sin saber que opinión aceptar, dada la solvencia y categoría de sus autores.

No nos ha sido posible, en verdad, revisar una amplia bibliografía, como hubiera sido nuestro deseo, pero sí la suficiente para llegar a la conclusión de que la biografía de Albucasis está por hacer; y aunque nosotros no podemos tener la vanidad de intentar siquiera este capítulo de la historia cordobesa, con el exiguo material de que hemos dispuesto, trataremos de hacer un boceto comentado.

*Su nombre.*—Aunque en sus principios fundamentales todos los historiadores designan a Albucasis con el mismo nombre, la forma de expresión, la ortografía y sobre todo, la vulgarización de su apelativo por latinización más o menos lógica, varían considerablemente. Entresacamos algunos de los registrados:

Ramírez de Arellano: Kalaf ben Abbas Abuleasin Az Zaharawi.

González Prats: Abu-l-Kasim-Khaleff-Ibn-Abbas-Az-Zaharawi.

Fernández Martínez: Abul Casim Caleb Ben Abbas ó  
Kalaf Ben Abbas Abul Casim.

Casiri: Jalaf ben Abbas Abuicasse Alzaharavi.

Colmeiro: Jalaf ben Abbas Albukasem.

Courtin: Abul Cacem Schalaf ben Abbas.

En el diccionario Espasa vemos estas tres versiones:

Abul Kasim Ben Abbas Az-Zaharawi.

Abul Kasim Chalaf Ibn Abbas.

Abul Kasim Khaleff Ibn Abbas.

De este nombre se han deducido las más variadas simplificaciones

nes; así vemos designarle Bucasis, Albucasis, Alzaharavius, Alzaragi, Azagiri, Esarani, Kalaf, Golaf y el más particular de todos que se encuentra en la traducción de uno de sus libros, Benebenacerim, nombre que resulta de la transformación de BEN ABBAS en BENABE con el final NACERIM en lugar de ZAHARAVI, hecho seguramente por el copista.

No nos consideramos con la suficiente autoridad para determinar cual de estos nombres sería el auténtico; hacen falta más conocimientos del idioma árabe de los que nosotros poseemos para hacer la debida crítica; mas si lo analizamos en el fondo, solo encontramos variantes de ortografía y en la colocación de los que podríamos denominar sus apellidos. Así pues, analizándolo en sus partes tenemos que Jalaf, Kalaf o Kalef es el nombre propio, el equivalente a nuestro nombre de pila. Después le sigue un patronímico, ben Abbas, que quiere decir hijo de Abbas. Sigue, según la costumbre árabe, otro nombre que indica paternidad, Abu-Kasem. padre de Kasem su primogénito, nombre que según tradición solía aplicársele, a semejanza de Mahoma, al primer hijo de la familia. Por último lleva un apelativo de nacimiento o residencia, que este es punto no totalmente dilucidado, Az Zaharavi o de Zahara.

*Lugar de su nacimiento* —También acerca de esta cuestión existen diversas opiniones, siendo la más generalmente admitida la de que nació en Córdoba, trasladándose después a Medina Zahara, donde se estableció a su regreso de Bagdad y donde ejerció la medicina. Pero hay quien sitúa en esta maravillosa residencia su propio nacimiento. Por otra parte, en un manuscrito existente en la biblioteca de la Universidad de Lieja, sobre el cual publicó Mr. Eugenio M. O. Dognée un interesante trabajo en francés en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», de Madrid, el año 1892 y que traducido por el eximio Profesor D. Rafael Castejón, con la colaboración del humanista y farmacéutico D. Antonio González Soriano, fué editado por la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba, en el año 1925, bajo el título «La higiene de Albucasis», hay una lámina que figura como portada, en la que aparece la siguiente inscripción: «Albullasem de Baldac filius Habdi medici composuit hoc librum», lo que ha hecho suponer que fuera Bagdad el lugar de su nacimiento. Del estudio que Mr. Dognée hace respecto a este particular, llega a la conclusión de que esto debió obedecer a su deseo de recordar, con su mención unida a su nombre, la Escuela en donde estudió y obtuvo el diploma instituido por los nestorianos, equivalente a nuestro actual título

profesional, que entonces se concedía en Bagdad, no ofreciendo duda en la actualidad, después de las concienzudas investigaciones de un historiador arabista de la solvencia de Casiri, que el lugar de su nacimiento fuera Córdoba.

*Periodo de su vida.*—Respecto a la fecha en que vivió nada puede decirse. Desde la segunda mitad del siglo X en que lo sitúa Diepgen y González Prats, hasta el siglo XIII en que Freind localiza su florecimiento, se han consignado las más variadas fechas por los distintos historiadores, siendo de extrañar estas contradicciones en eruditos de la más alta reputación, todos de la mayor solvencia y que, sin embargo, no puede admitirse que todos sean veraces.

En un discurso leído en esta misma Corporación, por el malogrado médico D. Pablo García, dice que Albucasis nació en Azzahara cuando Abderrahmán acababa de consolidar su reciente poderío lo que, como es natural, tuvo que ser antes del 961 en que este murió. También dice que fué educado en la corte de Alhakem II.

Don Miguel Colmeiro, en un trabajo titulado «La botánica y los botánicos de la península Hispano-lusitana», dice «era un árabe nacido en Córdoba antes del año 1085 y muerto en 1122».

Jaén Morente en su «Historia de Córdoba» dice que nació en el año 860 y que murió centenario.

En el Diccionario Espasa se sitúa la fecha de su muerte en el año 961 o en el 1013, fecha esta última que acepta como probable, sin que nos indique la fuente de información, Fidel Fernández en «La medicina árabe en España».

Estas citas, que entresacamos para evidenciar el contraste que existe entre los historiadores que se han ocupado de esta gran figura de la medicina árabe, denotan, además de la ignorancia del dato, una ligereza en la interpretación de los hechos que podemos admitir como ciertos y positivos y que si no bastan a dar una fecha fija, al menos nos pueden proporcionar una aproximación muy admisible.

Al finalizar el califato de Córdoba se sucede un periodo de intensos desórdenes y luchas interiores, que vinieron a terminar en el derrumbamiento del que había sido floreciente Imperio Hispanomusulmán, cuyo territorio se dividió en los múltiples reinos de Taifas, por el levantamiento e insubordinación de numerosos cabecillas, que se erigieron en magnates del territorio en que dominaban. Una de las consecuencias, y de las más funestas, por cierto, fué el saqueo, incendio y destrucción de la hermosa residencia califal que mandara construir Abderrahmán III. Esto acaecía en el año 1010 y se repite en

el 1013 en que se completa su destrucción, como antes dijimos, después de la cual apenas quedaron insignificantes vestigios.

En este periodo revuelto en que Córdoba estuvo dominada por los Almorávides y en el que, como siempre que se perturba la paz lo es con grave quebranto de la cultura, en que se abandona el cultivo de las Ciencias, las Artes y las Letras, que viene a ser suplantado por el de las armas, periodo de odios, rencores y disputas, no lo podemos considerar apto para el desenvolvimiento de un genio de la Ciencia como Albucasis, que habría de necesitar para su labor un ambiente de paz y tranquilidad.

Estas consideraciones nos hacen situar su vida en un periodo anterior y lo mas que podemos admitir es que su muerte, a muy avanzada edad, tal vez centenario, como afirma León el Africano, acaeciera por este tiempo y aún no es temerario suponer que lo fuera víctima de estas revueltas. Además, si el calificativo final de su nombre, Az Zaharavi, es una demostración plenaria, que no ofrece la menor duda, del lugar de su residencia, es lógico que liguemos su existencia a la de la maravillosa mansión. Claro está que pudo haber emigrado al ser saqueada y destruida; pero hay motivo para pensar que un hombre de su relieve no pasara desapercibido y dondequiera que hubiera fijado su residencia hubiera sido notado lo suficiente para que se tuviera conocimiento de ello y después de los trastornos mencionados nada se vuelve a saber de tan ilustre persona.

En el folleto «La Higiene de Albucasis», ya citado, dice Mr. Dog-née; «A su regreso a Córdoba donde se estableció en 1085», dato que toma del prefacio de su libro «Tratado de Cirugía; y más adelante «a su vuelta a España el médico diplomado de Bagdad fijó su morada en la Ciudad de la Flor, creación galante y fastuosa que había hecho edificar Abderrahmán III y que llegó a ser la residencia favorita de los soberanos». Y más adelante aún, repite: «cuando Jalaf vino a fijarse en ella, la residencia califal brillaba en todo su esplendor». En otro lugar nos dice: «si no poseemos la fecha exacta del nacimiento de Jalaf, los manuscritos árabes del Escorial nos enseñan que murió en el año 500 de la Hégira, o sea el año 1122 de la era Cristiana. La muerte le sorprendió en Córdoba, añade el autor analizado por Casiri, lo cual podría entenderse por Medina Zahara, residencia real dependiente de la capital y de la cual no estaba alejada».

Como se vé, se da por hecho el establecimiento de Albucasis en Medina Az-Zahara a su vuelta de Bagdad y se fija como fecha el año

1085, y aún dice que murió en el 1122 y que la muerte le sorprendió en dicha residencia, sin tener en cuenta que, como dejamos consignado, la destrucción de Medina Az-Zahara tuvo lugar en 1013: y aunque querramos llevar la cuestión al último extremo y tengamos en cuenta los intentos de restauración de la suntuosa residencia de Hixem III, nunca podremos sobrepasar la fecha del 1031, en que tuvo lugar la proclamación de la república en Córdoba a la caída del último de sus Califas. Por consiguiente, es en absoluto imposible de admitir que en el año 1085 Albacasis se estableciera en Medina Az-Zahara a su vuelta de Bagdad, y menos se explica que se afirme que esto sucedía en pleno esplendor del Califato, puesto que todos sabemos que la decadencia empieza con la muerte de Almanzor en el año 1002, en que se fracciona el Califato en los pequeños reinos de Taifas, transformación que dura hasta el año 1036. Así pues, o hay error en las fechas o en los hechos, y aunque cueste trabajo admitirlo, hay que convenir en la errónea documentación de estos autores, pese a su solvencia y categoría, y que tal vez tenga su origen en que el autor analizado por Casiri a que se hace referencia, sea el historiador arabe Ossaibiah, que es, a fin de cuentas, la única guía a la que todos los escritores de estos asuntos se refieren, el cual entremezcla a sus historiadados hasta el punto de invertir el orden de su tiempo en el existir. Una revisión de los documentos existentes, que lamentamos no poder efectuar, es probable que pudiera dilucidar estas confusiones.

Por nuestra parte, aunque nuestra modesta opinión no tenga valor alguno, hemos adquirido el convencimiento de dos hechos indiscutibles; uno su convivencia con los tres Califas del periodo floreciente del califato cordobés; otro su residencia en Medina Az-Zahara, por lo menos en la época de su apogeo. Este periodo del califato se encierra entre el año 912 en que sube al trono Abderrahmán III y el 1002 en que termina con la muerte de Almanzor. Entre estas dos fechas entendemos que se debe encajar la vida de nuestro personaje y si admitimos con fecha de su muerte el año 1010 o el 1013, que es la admitida por mayor número de historiadores, y admitimos que murió centenario como afirma León el Africano, pudo haber nacido en el año 910 a 913, lo que armoniza su florecimiento durante el periodo de esplendor del califato cordobés, su apogeo durante el reinado de Abderrahmán III (912 a 961), de Al Hakem II (961 a 976) y de Hixem II (976 a 1000); que fuera médico privado y favorito de los tres Califas y del Hadgib Almanzor y que su vida se desarrollara en la so-

berana residencia de Zahara, incendiada y saqueada por segunda vez en el 1013.

Si la fecha de su nacimiento es una pura confusión, no aclarada hasta el momento actual, de las características de su persona ni de su vida privada nada se sabe, ya que lo único que ha llegado a nosotros y por lo que conocemos la altura de su situación en el ambiente médico-científico de su tiempo, son escritos de medicina. Sabemos que su padre, Abbas, era también médico, aunque no de tanto renombre, pero de gran posición económica y es posible que influyera en su vocación inclinándolo a los estudios de la medicina, según tradición de aquellos tiempos en los que el ejercicio de esta profesión se vinculaba en las familias, como aún sigue siendo frecuente en nuestros tiempos.

Dicen algunos cronistas que Albucasis se educó en la corte de Al Hakem II. No discutimos el hecho; pero sí admitimos, como muy probable, que siendo su padre médico y de elevada posición económica, como lo demuestra algún dato que después apuntaremos, disfrutara de los favores que los Califas acostumbraban a dispensar a todos los hombres de estudio de su tiempo, lo que nos hace suponer que su infancia y adolescencia se desarrollara en el ambiente cortesano y casi con toda seguridad, en la propia residencia califal de Medina Az-Zahara donde, según cuentan los cronistas, existía una población de más de 30.000 almas.

Era Medina Az-Zahara una ciudad de ensueño, en la que se habían acumulado para su construcción, cuantas riquezas puede soñar la más exaltada imaginación. Construída en uno de los más pintorescos lugares de la incomparable sierra cordobesa, sobre uno de los declives de su vertiente occidental. Si contemplamos las bellezas que encierra la Alhambra granadina, con su palacio ricamente decorado con afiligranados paramentos y artesonados, sus fuentes y sus jardines, podremos tener una idea aproximada de lo que debió ser esta suntuosa residencia que era muy superior en la belleza del decorado y en la riqueza de sus materiales, hasta el extremo de que en alguna ocasión se pensó que sus descripciones fueran una pura fantasía, como las que inspiraron los cuentos de las mil y una noches, debida a la exaltada imaginación de los musulmanes. Hoy, después de los descubrimientos llevados a cabo en las recientes excavaciones, no cabe duda de que toda descripción, por fantástica que parezca, no es más que una sombra de la realidad. Capiteles con ricas tallas de

pedra, con incrustaciones de oro y piedras preciosas, columnas de porfido y jaspe, pavimentos de mármol y alabastro, alicatados de mosaicos bizantinos sobre fondo de oro, puertas de ébano y marfil, techos dorados, armaduras de maderas de cedro... y en el de la sala de los Califas un estanque de azogue. En la descripción que Edrisi hace de Medina Az-Zahara se dice que existían palacios de tan gran belleza, que es imposible describirlos.

Esta serie de riquezas acumuladas en aquella residencia, demuestran la opulencia y el esplendor de la corte de los Califas, en cuyo ambiente tuvo lugar el desenvolvimiento de la adolescencia de Jalaf, de cuyos beneficios es seguro que participara, disfrutando de sus festivales y diversiones.

En este periodo de la vida en que la exaltada imaginación tan fácilmente se deja impresionar del ambiente; en el que se ha de decidir el porvenir; en el que se ha de elegir el camino a seguir y que determinará la situación del individuo en el futuro, había de establecerse una lucha en el ánimo de Albucasis que se vería atraído, de una parte, hacia la vida regalada y holgada que le brindara el ambiente de una corte de esplendor y magnificencia; de otra, la vida de estudio, trabajo y sacrificio que supone el ejercicio de una profesión de tanta abnegación y renunciamiento como la de médico, a que le impulsara la herencia de su padre, que por su parte, no dejaría de influir para atraer al hijo al propio campo de su profesión, tal vez reforzada por la tendencia del propio Califa de fomentar el cultivo de la ciencia y con especial interés el de la medicina. En esta disyuntiva dominaron los nobles impulsos y renunciando a los placeres y satisfacciones cortesanos, entró de lleno por la senda del estudio.

Después de analizar su obra, se comprende que no podía ser de otra manera. Quien llevaba en sí la semilla de una producción como la de Albucasis, que sobrepasa los límites de lo vulgar, es porque nace con la condición de genio y fatalmente había de situarse en condiciones de desarrollarla, aunque su voluntad se hubiera opuesto a ello, venciendo cuantos obstáculos se le hubieran interpuesto. Albucasis nació para sabio y sabio fué.

Así pues, no es de extrañar, que lo mismo que nuestros contemporáneos, que la condición humana, siempre ha sido la misma, cualquiera que sea el tiempo o la raza, buscan en los centros de superior cultura, antes Francia e Inglaterra, después Alemania, ahora Norte América, donde ampliar sus conocimientos, donde saciar su afán de aprender, Jalaf se trasladara a Bagdad. Y eso que Córdoba era, por

aquel entonces, uno de los principales centros del mundo en donde se concentraba el estudio de las ciencias médicas, hasta el extremo de que todos los escritos nos hablan de que los extranjeros más ansiosos de saber venían a Andalucía para instruirse en el arte de curar y aun en otras ciencias, de tal suerte, que bien puede asegurarse como inconcuso, que no hubo en aquellos tiempos persona de nombradía en el resto de Europa que no hubiese venido a aprender a las escuelas de Córdoba.

A pesar de esto, que ya supone en Albucahis un grado de cultura muy superior, no duda en afrontar las dificultades de un viaje, que supone el paso de uno a otro continente, que no habrían de ser despreciables en aquellos tiempos de precarios medios de comunicación y a expensas de no pequeño desembolso, lo que ha hecho suponer a su padre poseedor de cuantiosa fortuna.

Era Bagdad el único centro que por aquellos tiempos se pudiera considerar, en orden a cultura, superior a Córdoba y a él llega Albucahis impulsado por una plausible avidez de estudio y ansia insaciable de saber, atraído por la resonancia de las sabias enseñanzas de Rhazes autor, entre otros muchos, del libro titulado «El Hawy», que viene a ser un compendio de toda la ciencia médica de su siglo, cuyo original se conserva en la biblioteca del Escorial, y de otros sabios contemporáneos.

Elevado Bagdad a una superioridad que le colocó por cima de todas las demás ciudades de los estados musulmanes, por el impulso que le diera Harun al Raschid, poseía un Colegio de médicos cuyos directores estaban encargados de examinar a quienes se dedicaban al arte de curar y otorgar el título instituido por los Nestorianos en el siglo VIII. Contaba, además, con amplios Hospitales; en el mayor, fundado en 977, trabajaban veinticuatro médicos y existían diferentes departamentos, para las enfermedades internas, para las quirúrgicas y para las de la vista, publicándose notas clínicas de los casos más notables. Estos establecimientos se utilizaban para completar la enseñanza superior, y farmacias públicas facilitaban el estudio de los medicamentos. El estudio de la anatomía lo mantenía en un nivel muy inferior al de las demás ramas de la medicina, el escrúpulo religioso, limitándose a repetir las lecciones de Galeno.

En este ambiente científico, que las espléndidas instituciones de Bagdad le brindaban, el genio de Albucahis solo pensó en aprender largamente los recursos científicos cuyo tesoro se abría ante él y que cayendo en un terreno predispuesto y bien preparado, se asimiló

íntegramente, dándole una formación tan sólida, que pudo constituir la base para la obra admirable que escribió y que le ha dado a conocer en la posteridad como un verdadero genio de la medicina.

No sabemos el tiempo que permanecería en Bagdad, de cuya estancia atestiguan ciertas referencias de sus propios libros; pero es seguro que cuando se consideró, con las sabias lecciones de sus maestros, suficientemente impuesto en las materias motivo de su estudio, regresa a Córdoba, sin que podamos precisar la fecha, pues por las razones expuestas anteriormente, no podemos admitir la del año 1085 que da Mr. Dognée, donde, según dice este autor tomado del prefacio de su «Tratado de Cirugía», se encontró a la cabeza de una clientela importante en la que había príncipes y duques, tal vez emires y jeiques; dividiendo su tiempo entre los numerosos deberes de su profesión, una clínica donde, sin duda, admitía alumnos, a los cuales se dirige en sus escritos y la redacción de sus numerosas obras. No creemos, de ser cierto todo ello, que se pueda dar un mejor aprovechamiento del tiempo, ni una mayor capacidad de trabajo.

Dada la extensión de su obra conocida y tal vez algunas más que no hayamos llegado a conocer, es lógico pensar que esta norma de vida fuera la que siguió hasta su muerte, dedicado a un trabajo intensivo día y noche, con muy poco tiempo para el descanso, máxime teniendo en cuenta que, como dice al ocuparse de la cirugía, no hay operación descrita por él que no haya practicado, lo que le absorbería no poco tiempo, siendo difícil de compaginar esta labor práctica de asistencia a importante clientela, la práctica de infinitas intervenciones quirúrgicas, que según su propio consejo habían de ser realizadas con toda cautela y una fecundidad literaria tan exuberante que difícilmente ha podido ser igualada y seguramente no ha sido superada por nadie. Es, en resumen, la vida de Albucasis, la de un hombre extraordinario; un astro de primera magnitud, cuyos fulgores perduraron durante varios siglos y cuyo resplandor aun nos deslumra.

En «Histoire de la Médecine Arabe» de Leclerc (Paris, 1876), al hablar de la importante obra realizada por Albucasis, se lee: «Hay un hecho digno de mención en la historia de la medicina francesa del siglo XIII. Muchos médicos italianos abandonaron por entonces su patria, como consecuencia de las guerras de Gúelfos y Gibelinos, refugiándose en Francia, a donde llevaron las obras y doctrinas de Albucasis, que resulta, por ésto, ser el restaurador de la cirugía gala.

Parece que el primer importador fué Roger de Palma, médico de Palermo. Con él fueron a París Bruno de Calabria, Lafranc, Tadeo, Luis de Regio, Hugo de Lucas, Nicolás de Fiorencia, Velasco de Tarento, Luis de Pisa, Augusto de Verona, Silvestre de Pístoia, Armando de Cremona y varios más. Desde aquel momento la escuela de Abul Casis tomó carta de naturaleza en París, y fué desplazando poco a poco a las de Hipócrates y Galeno, triunfantes hasta entonces».

Estas manifestaciones serían suficientes para demostrar la trascendencia e importancia de la obra realizada por este gran hombre y despertar nuestra admiración. Mas para manifestarla de un modo mas objetivo, prescindiendo de nuestra opinión, que por tratarse de un compatriota pudiera parecer apasionada, entresacamos entre las innumerables notas leídas, algunas que demuestran, de modo patente, la opinión que ha sugerido a cuantos historiadores se han ocupado de su obra. Diepgen, en «Historia de la Medicina», dice «El escritor árabe más notable que se ocupó de cirugía, Albucaşim, (segunda mitad del siglo X) es de occidente, de España». El Dr. González Prats, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, titulado «Alturas en las Ciencias Médicas en el Reino el Andaluz», es más explícito, dice: «Y llegamos, en fin, a la verdadera lumbrera de este siglo X que venimos rememorando. En efecto, por los tiempos tan fecundos en buenos médicos que trazamos ahora, fué cuando dió gloria a la ciencia médica Albucaşim de Zahara, el cirujano de mayor celebridad de la Edad Media». La afirmación no puede ser más categórica y rotunda. En «La Medicina Árabe en España», de Fidel Fernández, tan conocido en la Academia de la que fué Académico correspondiente, dice: «La fama de Abul Casis no ha sido superada por ningún médico español. Sus escritos, que abarcan casi todos los puntos de la medicina, se cuentan por centenares y algunos de ellos tuvieron tanta importancia, repercusión y trascendencia que durante muchos siglos giró alrededor de ellos toda la medicina de Europa, utilizándose sus traducciones como textos en todas las Universidades».

Pero en la obra de Albucaşim consideramos nosotros dos aspectos bien diferentes; uno el que pudiéramos llamar objetivo, el que se deduce del estudio de sus escritos, de suma importancia, es cierto, pero no de tanta como el otro, el que puede llamarse formativo, el que da forma a su obra, el que determina una nueva orientación de la medicina de su época y que a nuestro juicio es el que caracteriza y dibuja con claros perfiles su personalidad, el que le hace acreedor

al calificativo de genio de la medicina. Nos referimos a la casi creación de la cirugía, considerada entonces como ocupación despreciable, vinculada a curanderos, barberos y esclavos, elevándola al rango de dignidad que por derecho le correspondía y en el que se ha llegado a consagrar a partir de esta época, teniendo, además, que vencer los prejuicios que su religión le imponían salvando las leyes coránicas que le prohibían tocar el cuerpo humano y el derramamiento de sangre. Escribir libros de medicina hubo muchos, contemporáneos y sucesores que los escribieron, y aunque no hay que restarle mérito en este aspecto, no es comparable al de crear una especialidad de la importancia de la cirugía, dignificándola y dándole una personalidad independiente; y esto solo él fué quien tuvo la genialidad de hacerlo, dotándola de técnicas, reglas e instrumentos maravillosos, para lo que tenía que contar con la facultad de las concepciones originales, la decisión para llevarlas a la práctica y un poder de inventiva que supera a toda suposición. Además, vemos nosotros en este aspecto de su obra una intuición de la necesidad de ampliar los medios terapéuticos que entonces se empleaban, limitados a la aplicación y empleo de los medicamentos, con otros de distinto carácter cuya necesidad e importancia se ha venido a demostrar con el transcurso del tiempo, superado en nuestros días en que los progresos de la técnica, de la hemostasia, la asepsia y la anestesia, han llegado a colocar en un plano, si no superior, al menos de la misma importancia, la terapéutica quirúrgica y la farmacológica. Piénsese lo que sería la medicina actual sin la cirugía. Pues el iniciador de este gran progreso fué Albucasis.

El mérito de este gran paso de coloso solo podemos comprenderlo en todo su alcance, los que conocemos a fondo lo que es la cirugía en la práctica y hemos podido tocar las dificultades de su aprendizaje, contando con maestros que pudieran orientar nuestros primeros pasos y que nos aconsejaran con su experiencia. Solo así se puede comprender el mérito de un hombre al que se le ocurre la técnica y sin más precedente la aplica con toda decisión y lo que es más extraño, con todo éxito, a juzgar por la fama que adquirió y que sostiene hasta el final de sus días, demostrando con ello incluso un gran valor personal, puesto que si bien alguna vez, con larguezas asaz desprendidas y liberales, cuando acertadamente lograban salvar a algún individuo de la familia reinante, se le obsequiaba a los médicos, como reverso, en contraste deplorable, ruín y mezquino, se les castigaba con encadenamientos, prisiones, malos tratos si por

desventura caían en desagrado o malquerencia de su rey o señor o de algún gran potentado.

Indudablemente Albucasis era un iluminado, un elegido que nació con una decidida vocación asociada a las más excelsas cualidades para las materias que cultivó y de la reunión de estos elementos obtuvo un producto seleccionado que, a nuestro juicio, no ha sido igualado hasta nuestros días. No hay que dudar de que ha habido en el mundo y en nuestra patria verdaderas lumbreras de la medicina y de su especialidad quirúrgica; pero piénsese y medítese lo que supone esta obra trasportada al siglo X u XI, cuando todo estaba por hacer y no existía ningún dato experimental en que apoyarse. Yo lamento que mis facultades literarias no sean lo bastante cumplidas para que permitan expresar mi pensamiento acerca de esta figura cumbre, que cuanto más se estudia más se agiganta, y solo puedo decir que por nuestra parte merece la máxima admiración. Y no se diga que las intervenciones quirúrgicas las acometiera con temeridad y ligereza, con desprecio al semejante cuya asistencia se le confiaba, pues con rara unanimidad se manifiesta por todos los historiadores que se han ocupado de la obra de este hombre tan excepcional, su cautela y su prudencia que se refleja en este párrafo de su propia obra: «Nunca se debe acudir a la cirugía hasta que se compruebe que son impotentes los medios usuales. En ninguna circunstancia se harán operaciones desesperadas, ya que la cirugía no es admisible más que cuando el estado del enfermo permita probabilidades de éxito. Si el médico no ha reconocido de antemano la naturaleza del mal, si no ha determinado su verdadera causa, si guarda alguna duda en su conciencia, es un crimen intentar operaciones que puedan poner en peligro la vida o la salud de un semejante». No se puede dar mayor nobleza de sentimientos que parecen inspirados en los principios de nuestra religión. Estas expresiones consignadas en sus escritos, con una insistencia verdaderamente machacona, y que en plan de consejos dirigía a sus discípulos, encierran toda una severa moral médica y humana, cuya actualidad no se ha desvirtuado, a pesar de los diez siglos transcurridos y que todas las generaciones médicas debieran tener presente, al igual que los aforismos hipocráticos referentes a nuestra conducta ante el enfermo, en los que es posible que estuvieran inspirados.

En una época en que la cirugía se reducía a muy pocas intervenciones rudimentarias, vinculada a seres de la más ínfima condición social, como antes dijimos, la obra quirúrgica de Albucasis es verdade-

ramente admirable, creando una ciencia separada de la medicina, fundada en los conocimientos anatómicos y en reglas y principios formulados por él, ideando técnicas, inventando instrumentos que bajo su dirección mandaba construir y realizando las intervenciones a lo sumo, con una práctica previa muy deficiente, pero indiscutible, como puede deducirse, de una parte, por los escrúpulos manifestados en sus consejos y de otra por la indicación que hace al hablar de la traqueotomía, de la que dice: «nadie está autorizado a practicarla en el hombre si antes no la ha practicado muchas veces con éxito en las cabras».

Sobre estos principios resulta casi inconcebible que realizara las operaciones que describe en sus escritos, de lo que no puede dudarse ya que él mismo manifiesta que todo lo que escribe lo ha visto con sus ojos y lo ha practicado con sus manos. Practicó las ligaduras de las arterias antes que Ambrosio Pareo; extrajo pólipos; practicó la litotricia en la mujer y la talla perineal en ambos sexos; practicó la intervención en el hidrocele. Por practicar la extirpación de las amígdalas, la traqueotomía, que la hace abriendo el tubo entre dos cartílagos, y la extirpación de tumores de la boca y las fauces, se puede considerar como el precursor de la otorrinolaringología. También inicia la oftalmología al extirpar una fístula lagrimal con un curioso instrumento de su invención, que describe y dibuja: extirpa tumores de los párpados y sienta los principios del erisifaco inventando una aguja hueca y curva por la que se puede hacer la aspiración para la extracción de la catarata. Practicó la trepanación del cráneo y para evitar los peligros de la penetración del trepano más allá del espesor de los huesos, en cuyo caso, dice, viene una relajación general de los músculos seguida de muerte, inventa un trepano especial con un tope que se regula a voluntad, para que no penetre en la masa del cerebro. Dice que los tumores de la cabeza deben extirparse si son de poco volumen y no pasan de la piel, sobre todo si tienen membrana que los envuelva (suponemos que se referiría a los quistes sebáceos en esta región). El único peligro, añade, es que se seccionen arterias o nervios, lo que se evita conociendo a fondo la anatomía. Describe la extirpación de un tumor de maxilar superior (probablemente un osteosarcoma), cuya operación resultó tan terrible, que no está dispuesto a repetirla. Tras de arrancar con escoplo y bisturí todos los trozos que estaban a su alcance, vió que quedaban raíces muy hondas en sitio en donde no podía llegar el cuchillo, las que fué cauterizando poco a poco con hierro al rojo. Dice que la paracentesis debe

hacerse pinchando con una cánula especial anillada, cuyo instrumento describe, que permite que una vez introducida no pueda escaparse fijándola a la piel, dejándola mucho tiempo, tapándola y abriéndola a voluntad para poder evacuar el líquido en varias sesiones, evitando los peligros de hacerlo todo de una vez. Describe las técnicas para la extracción de los cálculos vesicales que pueden operarse por varios procedimientos, exponiendo una técnica personal muy complicada para operar en el hombre. En cambio, de la operación en la mujer, dice que no tiene experiencia directa, puesto que nunca las ha operado por estar prohibido que enseñen sus partes genitales a los hombres, cuyo problema lo resuelve adiestrando a varias mujeres que hacen la talla bajo su dirección. De los cánceres dice que no deben tocarse, porque al quemarlos o cortar un trozo de ellos, se agravan extraordinariamente, no habiendo logrado curar ninguno. Refiere que en una ocasión asistió a un soldado que por una herida de arma blanca en el vientre asomaba un intestino perforado; practicó con miedo una sutura, curando el herido a los pocos días, por lo que aconseja que en casos semejantes se haga la sutura del intestino. En las fracturas describe un vendaje hecho con tela y tierra mojada, que una vez seco queda muy sólido y duro, ni más ni menos de lo que en la actualidad se hace con los vendajes escayolados.

Seguiríamos anotando las maravillosas concepciones quirúrgicas de este hombre genial, pero haríamos interminable la relación, considerando que con lo expuesto hay motivo suficiente para comprender con cuanta razón se ha podido decir que Albucasis fué la verdadera lumbrera del siglo X, el cirujano de mayor celebridad de la Edad Media, que su fama no ha sido superada por ningún médico español y otras expresiones encomiásticas que se leen en los historiadores, a las que nosotros añadimos sin recato y seguros de no incurrir en exageración, que fué un verdadero genio.

Con un renunciamiento digno de la mayor alabanza (recuérdese el ambiente de la corte califal), vivió íntegramente dedicado al cuidado de sus enfermos, pues como él mismo dice, su clientela le absorbía la mayor parte del tiempo, haciendo laboriosas investigaciones en los escritos de antiguos autores. Ante el enfermo hacía la observación metódica de su constitución, su edad, de las condiciones exteriores, según lo cual fundaba su diagnóstico, siempre escrupuloso. ¡Qué no hubiera sido este hombre si hubiera contado con los medios actuales!

Parece lógico que esta vida de trabajo intenso que acabamos de

exponer le absorbiera todo su tiempo; y sin embargo aun dispuso de espacio para su labor escrita: si grande fué su labor práctica, en nada desmerece la científico-literaria que vamos a analizar, siquiera sea brevemente.

Al estudiar la obra escrita de Albucasis, encontramos las mismas contradicciones que en todo cuanto con él se relaciona. Se lee en alguno de sus historiadores, con una inconcebible ligereza y sin determinar el fundamento en que se basan para ello, que sus escritos se cuentan por centenares, En otros que fué fecundo publicista, original polígrafo. Por más que se ahonde en la investigación, de Albucasis solo se conoce en nuestros días una sola obra escrita que lleva por título ETESRIF KIMEN ADJAZ AN ETALIF, en abreviatura TESRIF o ALTARIF, Bien es verdad que ésta, compuesta de treinta libros o secciones agrupados en dos partes, del que existe un original completo en la biblioteca Bodleiana, comprende todas las cuestiones médicas, desde la anatomía y la fisiología, en la que se ocupa con gran amplitud y rara perfección de todas las ramas de la medicina, tanto médicas como quirúrgicas y de las especialidades, constituyendo una verdadera enciclopedia, una obra monumental en la que, con suma perfección y maestría, se da a conocer todo, absolutamente todo, cuanto de medicina se sabe en su tiempo y mucho desconocido hasta entonces, por ser producción original de su claro talento. De esta obra ha dicho Abu Mohamed Alí que era el tratado más completo que se había escrito en el mundo. Lo que sí existen por centenares son las traducciones de esta su única obra, pero no íntegra sino por capítulos, más o menos fieles, a los que se les ha puesto el título del libro o capítulo correspondiente, originando la lamentable confusión a que antes aludimos.

No tenemos autoridad para afirmar rotundamente que esta gloria de la medicina cordobesa no escribiera algún tratado además del TESRIF; pero si podemos asegurar, que en la revisión que hemos realizado con el mayor interés y detenimiento sobre este particular, todas las publicaciones que hemos visto comentadas por los más variados historiadores, no eran sino capítulos del referido tratado, que constituyen una serie de monografías que en su conjunto forman el total de la obra.

Siquiera sea brevemente, vamos a comentar esta obra cumbre del experto cirujano, innovador atrevido, cuyas doctrinas, tanto o más que en Occidente, se siguieron en Oriente, durante largo tiempo, para que nuestro trabajo no resulte incompleto, al dejar de tratar este

aspecto tan interesante de su vida y el único que conocemos por documentos objetivos sin posible controversia. Por otra parte, estudiando su contenido, podremos tener un claro concepto de la extensión de sus conocimientos, de la diversidad de materias tratadas, de la clara visión y exacta comprensión de las cuestiones médicas, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros por mucho que nos esforzáramos y por mucha que fuera nuestra claridad de expresión.

El TESRIF, como hemos dicho, es una enciclopedia completa de medicina que constituye un cuerpo de treinta libros, en los que se van tratando las diferentes materias con el siguiente programa. En el primer libro se estudia la teoría general de la medicina. En el segundo la práctica terapéutica. Desde el tercero al veinticinco se estudian los medicamentos compuestos. El veintiseis trata del régimen alimenticio en los distintos estados de salud y enfermedad. El veintisiete de los medicamentos simples y los alimentos. En el veintiocho se describe la técnica farmacéutica para preparar fórmulas magistrales. Los dos últimos los dedica a la cirugía, formando un tratado completo dividido en tres partes; en la primera trata del cauterio; en la segunda de las operaciones por incisión, y en la tercera de las luxaciones y fracturas; toda ella ilustrada con más de cien dibujos originales de instrumentos, aparatos, regiones anatómicas y técnicas operatorias, innovación introducida por él, que se ha conservado hasta nuestros días y que tanto facilita el estudio.

No nos es posible hacer el comentario de esta obra colosal, por no sernos conocida en su totalidad y porque daríamos una extensión a este trabajo que sobrepasaría, con gran exceso los límites propios de su razón de ser. Sin embargo, por considerarlo indispensable para mejor dar a conocer la gran labor realizada por Albucasis en la medicina, labor revolucionaria, de una importancia y trascendencia no sospechada, vamos a exponer algunos breves comentarios de lo conocido.

Ya, por el índice que exponemos, es fácil comprender a los iniciados, que este médico enciclopédico aborda todas las materias que a la medicina se refieren, sin olvidar la importante rama de la higiene a la que los árabes, inventores de la mudable y lavable ropa interior, que en su conjunto aun conserva el nombre, de los retretes inodoros y del bidet, daban tanta importancia y creando el complemento de la terapéutica medicamentosa, la terapéutica quirúrgica, dando con ello un paso decisivo en el progreso de esta importante rama de las ciencias. Con ser esto ya bastante para consagrar una gloria, es

muy poco cuando vemos la forma que tiene de estudiar las interesantes cuestiones que trata en el TESRIF.

Con un método sorprendente, como si escribiera, y tal vez fuera este su propósito, para la enseñanza de discípulos, empieza en su primer libro por estudiar la teoría general de la medicina, dando reglas precisas de la forma en que se ha de practicar. Es una compilación de las doctrinas de los antiguos médicos árabes, especialmente de Razes y de las enseñanzas de los griegos, en particular de Pablo de Egina. Parece ser, aunque la fuente de información no nos merece entero crédito, que en esta parte de su obra expuso sus conocimientos anatómicos, que con un espíritu liberal, sobreponiendo su vocación por la ciencia al fanatismo religioso tan arraigado en su época, adquirió disecando cadáveres de ajusticiados y de fallecidos en el hospital, aunque nosotros nos inclinemos a admitir, dado el ambiente en que se desenvolvía, que fueran adquiridos en las obras de Galeno en que se inspiró y que con tanto entusiasmo tradujeron y aprendieron los sabios de aquellas centurias. La parte principal de este capítulo la dedica a dar normas para la práctica de la medicina, todas inspiradas en un criterio de gran meticulosidad en el estudio del enfermo, para llegar a un correcto diagnóstico, y de prudencia en el empleo de los medios terapéuticos, diciendo a este propósito que siempre que se pueda se debe evitar el empleo de remedios dejando que obren las fuerzas vitales: cuando los remedios sean absolutamente necesarios, han de preferirse los simples a los compuestos, no recurriendo a la cirugía sino cuando no haya otra solución. Aconseja que se ponga gran atención en la propia observación y que no se olviden los casos que se presenten a estudio, porque pueden aplicarse a otros semejantes que puedan presentarse, pues lo que se aprende directamente vale más que lo que pueda leerse en los libros. En una palabra, este libro que comentamos comprende, como se ve por lo que dejamos indicado, todo cuanto se refiere a la teoría y a la práctica de la medicina, condensado en sabios principios y prudentes consejos que bien pudieran servirnos de norma para el ejercicio profesional en los tiempos presentes.

En el segundo libro del TESRIF estudia el autor las enfermedades médicas y quirúrgicas observadas en su práctica, las que describe con su habitual maestría y de estos dos libros reunidos se hizo, entre otras, una traducción al latín por P. Ricius, que fué editada por Grimm en 1519, en Augsburgo con el título «*Liber Medicinæ Theoricæ necnon practicæ Alzaharavii, qui vulgo Açacarius Dicitur*».

Uno de los capítulos o libros mejor conocidos de la obra de Albucasis es el que figura en las traducciones latinas bajo el título «El Libro del Sevidor o del Mancebo», «Liber Servitoris», que forma el libro XXVIII de la obra. En éste se ocupa del modo de preparación de las fórmulas magistrales, estudia los medicamentos simples que están consignados por orden alfabético con arreglo al vocabulario del dialecto arábigo-español, explicando el modo de preparar con ellos los compuestos. Cita todas las fórmulas medicamentosas en uso y siguiendo su innovación de ilustrar sus escritos, dibuja aparatos para la preparación de trociscos y pastillas, que aconseja se hagan de bog, ébano o marfil, en cuyos moldes se gravan en hueco inscripciones que luego han de aparecer en relieve en el producto elaborado. Su estudio es tan meticuloso, que se ocupa de la vasija que conviene para guardar cada fórmula y del modo como ha de conservarse para evitar o retardar su alteración. Es este libro un completo tratado de farmacia práctica, una verdadera farmacopea en la que no se ha olvidado el más mínimo detalle.

Tal vez sea la parte de la obra general de la que se han hecho más traducciones. Una de las más interesantes es la de Simón de Génova, médico y capellán del Papa Nicolás IV, que ejercía la medicina en Roma y ayudándose de un judío de Tortosa llamado Abraham, se dedicaba a traducir obras árabes, entre las que figuró la farmacopea de Albucasis, que lleva por título, tal como lo han anotado Brunet y Colmeiro «Incipit liber servitoris liber XXVIII Bulchasi Benabenazerin, traslatus a Simoe Januesi interprete Abraa Judeo Tortuoneso. Venetiis a Nicolae Jesu Gallien MCCCCLXXI».

De esta traducción se conoce una versión al castellano, única en este nuestro idioma de este célebre escritor, bajo el título «El Sevidor, Libro veintiocho de Albucasis Benabecerem, trasladado del arábigo al latín por Simón Genoves... Agora nuevamente trasladado del latín en lengua vulgar castellana por Rodriguez de Tudela (Alonzo) Valladolid por Brocar 1516 (8.º, 500 ff. 6 tab).

Con ser de sumo interés todas las partes de la gran obra de Albucasis, la de mayor interés, donde está la verdadera obra revolucionaria de este médico eminente, la que encierra una originalidad absoluta por las razones ya mencionadas y que no hemos de repetir, es la que se refiere a la cirugía, rama de la medicina creada por él y que, por consiguiente, no había sido inspirada en ningún escrito anterior. Está contenida en los dos últimos libros del «Tesrif» y la divide en tres partes: la primera dedicada al estudio del cauterio, que por aque-

llos tiempos tenía una importancia extraordinaria como medio terapéutico; la segunda a las intervenciones cruentas o por incisión; la tercera a las luxaciones y fracturas.

Por ser esta parte la que dió más carácter personal a su obra y por la forma, verdaderamente maravillosa, como se tratan las materias en ella contenidas, merece que nos detengamos en su estudio.

Resulta un poco extraño que quien había creado la cirugía, elevándola al rango de método terapéutico segregado del resto de la medicina, dándole el carácter independiente con que se ha conservado hasta nuestros días, incluyera en esta rama el cauterio, dedicándole todo un capítulo de la obra. Más ésto, que visto desde nuestro tiempo parece absurdo, se explica fácilmente considerando que Albucasis escribió su tratado de cirugía en el siglo XI, en un ambiente de fanatismo religioso que condenaba tocar el cuerpo desnudo y el derramamiento de sangre; de ahí que se erigiera en método quirúrgico la cauterización como procedimiento para la destrucción de los tejidos enfermos. Esta parte de su escrito, o mejor dicho, de su práctica, pues según dejamos apuntado, todo cuanto escribió asegura lo había practicado personalmente, lleva el sello de originalidad que impera en toda su obra y así describe y dibuja diferentes formas de cauterio para aplicación en las diferentes partes del cuerpo, algunos, cuya aplicación no comprendemos, que dice se aplican para cauterizar de una vez toda la parte enferma en la luxación de la cadera, abarcando la región glútea entera en una sola aplicación. Describe técnicas de aplicación del cauterio en la neuralgia facial, en las cataratas, en los tumores, etc.

A pesar del elevado concepto que la obra de este hombre genial nos merece, no podemos por menos de reconocer que esta parte de su cirugía deja mucho que desear, aunque nos retrotraigamos los diez siglos que median, pues no está en armonía con la segunda parte en la que, con una precisión y maestría impropios de su tiempo, describe las operaciones que llama por incisión. Si en la descripción del empleo del cauterio se deja traslucir al curandero aplicando una técnica burda y rudimentaria, casi primitiva, en la descripción de las operaciones por incisión vemos al cirujano fino, delicado, inteligente y original. Esta parte de su obra, la más interesante y mejor conocida, es a nuestro parecer sin disputa, la que acredita y consagra a su autor como verdaderamente genial; es la obra cumbre de Albucasis.

Después de los prudentes consejos que hemos mencionado en otro lugar, insiste en que estas operaciones son graves por el peligro de hemorragia, lo que puede evitarse con el conocimiento anatómico de la región. Ningún cirujano, dice, está autorizado para emprender una operación de cirugía, sin tener perfecto conocimiento anatómico de la región en que se va a operar, del sitio y dirección de nervios, venas y tendones, relatando a continuación intervenciones que fracasaron por no estar bien documentado el cirujano en anatomía, y los daños que pueden sobrevenir de esta ignorancia. Hace la descripción de las más diversas operaciones; hidrocele, extirpación de amígdalas, tumores de boca y fauces, traqueotomía, trepanaciones, fístula lagrimal, cataratas, talla perineal, paracentesis, etc., etc., con todo detalle y acompañando las descripciones con el dibujo de los instrumentos originales que emplea para cada una, descripciones detalladas de su modo de hacer o técnica empleada, con tal maestría o perfección, que estos escritos, copiados primero en Italia y llevados después a Francia, sirvieron de texto en París durante más de cinco siglos.

El análisis meditado de la obra quirúrgica de Albucasis nos revela un hecho curioso que merece subrayarse. Que las intervenciones las practicaba con éxito, es un hecho del que no cabe dudar, tanto por la fama adquirida, que únicamente puede cimentarse en la falta de fracasos, como en la prudencia que demuestra en sus consejos y que, dado el temperamento que con esto se revela, nos hace suponer como seguro el abandono de su práctica si en sus operaciones no hubiera conseguido un resultado favorable, como lo demuestra al operar un tumor de la cara que no pudo terminar felizmente, haciendo el propósito de no volver a operar casos semejantes. Y nosotros preguntamos: ¿Cómo puede concebirse este resultado, cuando no se tenía la menor noción de la asepsia y la antisepsia, valiosas adquisiciones de varios siglos después de su época? Solamente una técnica esmerada, rápida actuación y mínimo traumatismo, pueden compensar esta falta de asepsia, que hoy no podemos concebir, lo que, en nuestro concepto, eleva aún más el mérito extraordinario de este cirujano que por nadie fué igualado.

En la tercera parte de su tratado de cirugía trata de las luxaciones y fracturas, describiendo los métodos para su reducción y los aparatos por él ideados para mantener los fragmentos en su sitio y que, siguiendo su costumbre aparecen dibujados en el texto.

De este libro de Albucasis es, seguramente, del que se han hecho

más traducciones; una al francés del médico y distinguido arabista Dr. Luciano Leclerc, publicada en París en 1861, que forma un tomo en 8.º de 324 páginas, que lleva por título «La Chirurgie d'Abul Casis», es la que más ha contribuido a su conocimiento. Otra muy interesante es la de Gerardo de Cremona (hay quien le nombra de Carmona, por suponer este pueblo de la provincia de Sevilla el lugar de su nacimiento, en vez de Cremona—Italia—, como generalmente se admite) cuyo título dice: «Albucasis.-De Chirurgia Omnium Chirurgorum Edente Gerardo Cremonensis. Venetis.-Lucantenius de Quinta, 1520».

En otra edición, que debe ser de este mismo libro, leemos «Alzaragi o Altarrif, o sea Methodus Medendi, en 32 libros, traducido al latín por Gerardo Cremonensis.-Argentorato.-En folio.-En la primera parte trata de los Cauterios, en la segunda de las operaciones por incisión y en la tercera de la reducción de luxaciones».

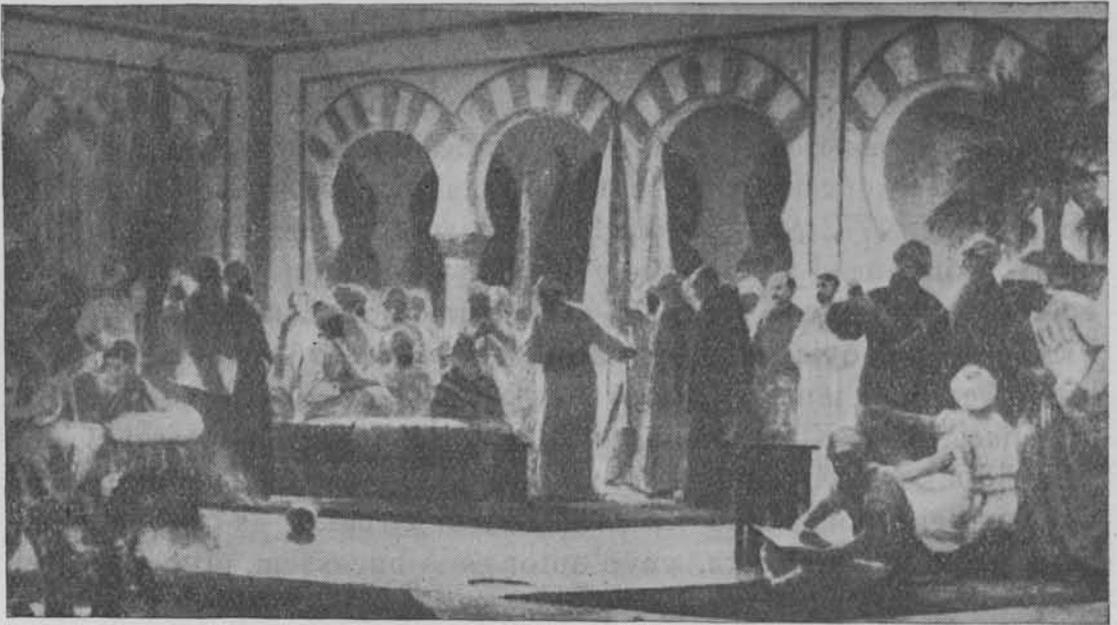
Pero la traducción más interesante tal vez sea la de «Chamnig», aparecida en 1772. Su título dice: «De Chirurgia arabice et Latine.-Oxford». Contiene el texto árabe y la traducción latina y consta de dos volúmenes en 4.º, con grabados de instrumentos. Está tomada, según Freind, de un códice m. s. en latín, registrado con el núm. 54 en la biblioteca Bodleiana de Oxford y de otro debido al Dr. Huntington que dice: «Parte XI de los libros Altarif, su autor Albucassem Calaf Ebn Abbas-Alza Harabi». Al final de este se leen estas palabras, traducidas del árabe: «Este tratado habla de cirugía y es la conclusión del libro Práctica Médica, cuyo autor es Albucassem, primer día del mes safar año de la hégira 807».

Sería prolijo e inadecuado que siguiéramos haciendo la referencia de las muchas traducciones de este libro, que se conocen; baste consignar que pasan de un centenar, mas o menos fieles, de sus diferentes partes, sin que se conozca ninguna que sea el total de la obra, lo que sería del mayor interés. El Dr. Leclerc en su «Histoire de la Medicine Arabe», dedica numerosas páginas a seguir la pista a cada una de las traducciones de Albucasis. Un detenido estudio de todas ellas y una escrupulosa selección, podría permitir rehacer la obra completa del sabio cordobés.

\* \* \*

Y con esto terminamos, señores Académicos. El tema no se ha agotado; vuestra paciencia sospecho que sí. De la personalidad motivo de nuestro estudio queda aún mucho que decir y, sobre todo,

dada la nebulosa que envuelve su vida toda, hay mucho que investigar y bien merece que quien tanto contribuyó con su obra a realzar el esplendor de la historia cordobesa sea motivo de nuestra atención. Mas muy a nuestro pesar, tenemos que renunciar, por falta de medios y de aptitudes, a esta labor, que desarrollaríamos con sumo agrado, ya que con ello honraríamos la memoria de uno de los más preclaros varones del pasado cordobés, que es tanto como honrar nuestro presente.



El monje Nicolás, enviado del Emperador de Bizancio, entrega al Califa de Córdoba, Abderrahman III, un ejemplar del Dioscórides. Cuadro de Baixeras, en el paraninfo de la Universidad de Barcelona.

